

Sugestiva lírica del cachivache

LA MORÀVIA.

Julià Guillamon

Galaxia Gutenberg.

Barcelona, 2011. 174 págs.

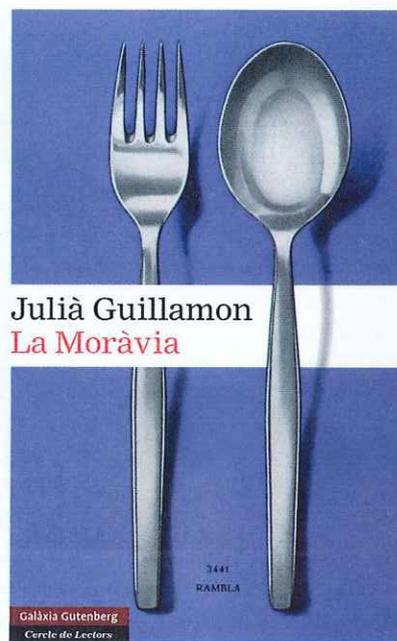
Julià Guillamon (Barcelona, 1962) es uno de los referentes de la crítica literaria catalana. Desde las páginas de *La Vanguardia* ha prescrito lecturas y certificado avisos de disuasión, ha reivindicado clásicos olvidados y ha notificado que otros no merecían el epíteto. Ha retratado, en suma, el aburrido panorama de la novela en catalán de los últimos 20 años y ha promovido la lectura de la brillante herencia dejada por los Sales, Ferran de Pol, Benguerel o Pere Calders.

La Moràvia es su primera novela, que no obra de ficción, pues en 1991 apareció su libro de cuentos *La fàbrica de fred*. La escritura de *La Moràvia* arranca justo después de dicho volumen de relatos, libro por donde ya pululaba Barreiros, protagonista hegemónico e inolvidable de la novela que aquí ocupa. Estamos, pues, ante un largo recorrido de creación que ha pasado por la demora voluntaria de la reescritura y aquellas otras involuntarias que impone la necesidad alimenticia, y ese camino creativo concluye en una magnífica novela que recoge quince estampas de la vida de un Barreiros que decide reconstruir en el espacio privado de su casa del Ensanche barcelonés un mundo que fue y ya no es. Así, la casa de Barreiros se convertirá en parque temático de un pasado industrial y artesano, receptáculo de cachivaches varios con autonomía propia (característica esta que Guillamon tanto admira en los relatos de Calders): un catálogo de cojinetes y pistones, elementos nacidos para mover un mundo material y que ahora Barreiros convierte en las piezas

que mueven el motor de una vida anclada en el recuerdo de la ausencia, pero también de latas de sopa industrial, polarizadores, vetustos logotipos de empresas desaparecidas, reproducciones de escaparates Art Déco...

En *La Moràvia*, como en su obra ensayística *La ciutat interrompuda: de la contracultura a la Barcelona postolímpica* (2001) o en *El dia revolt: Literatura catalana de l'exili* (2008), Guillamon confronta la ciudad y sus pobladores y focaliza los conflictos que el ser humano establece con su tiempo y su espacio, con las herencias dejadas por sus predecesores, esto es, el conflicto generacional que subyace bajo esa herencia y que ocasiona el exilio voluntario que impone la transformación de un paisaje, enraizado en el recuerdo y la memoria, que deja de sentirse como propio. Se trata de la Barcelona que ha barrido sus paisajes industriales, primero transformados por los Juegos Olímpicos, después rematados por el experimento del Forum de las Culturas del 2004 y finalmente sentenciados a muerte por los rascacielos posmodernos, de cegadoras fachadas cristalinas, del distrito tecnológico 22@.

En ese espacio se sitúa Barreiros, el reverso del Capitán Nemo que, igualmente desarraigado, opta, a diferencia del personaje de Verne, por anclarse en la no acción, recreando el tiempo perdido a través de los objetos que lo cimentaron. Barreiros es primo-hermano de Bouvard y de Pécuchet, pues como éstos decide clausurarse en un espacio desde el cual poder interpretar y codificar las claves del mundo que lo acecha tras la seguridad de sus cuatro paredes; pero también del Allie Fox, de *La costa de los mosquitos* de Theroux, creador de una utopía privada que permite la huida de nuestro mundo consumista y líquido, inaprensible y cambiante.



El gran logro de la novela radica en la apuesta por un discurso narrativo rupturista, singular en la narrativa catalana actual, desde la lectura y asimilación de la tradición heredada. En *La Moràvia* resuenan los ecos de Xavier Benguerel y del Julià de Jòdar de la trilogía de *l'Atzar i les ombres*.

La Moràvia es un epílogo a la representación del mundo que se sustentaba en la máquina como motor de cambio y una presentación poética de ese mundo en que los motores sonaban mejor que los endecasílabos. Una atrevida apuesta literaria que deconstruye la novela de desarraigo social, que huye de la mimesis para instalarse en la lírica del objeto, metáfora del pasado perdido. Y esto en un panorama tan conservador como el de la narrativa catalana actual.

ÓSCAR CARREÑO